



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9252

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—**Provincias.**—Tres meses, 7'50 id.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rente rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Win. Chester, Street

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 31.—

VIERNES 2 DE SEPTIEMBRE DE 1892.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre.
Puerta de Murcia Pasaje de Conesa.

LA CRITICA

Critica es una palabra que se deriva del griego, y significa *juicio*, que es el que formamos de una obra literaria cualquiera, fundado en las reglas del arte y del buen gusto.

Pero como la palabra es griega, en griego están también para muchos el arte y el buen gusto.

Todos creemos poseerlo en alto grado, y como el criticar bien ó mal lo encontramos muy fácil, por la propensión natural que tenemos á poner faltas, que es para muchos lo que se entiende por *critica*, formamos nuestro *juicio* con frecuencia por la primera impresión que recibimos, y lanzamos al público, bien de palabra, ó por escrito, nuestra opinión ó *juicio*, con la tranquilidad de que no hay más allá, dejando satisfecho nuestro amor propio, y nuestras pretensiones de autoridad en el asunto.

Nada importa que no hayamos saludado siquiera las reglas de la critica; nos basta con nuestro criterio, raras veces imparcial, y más raras aún, fortalecido con los conocimientos indispensables á formar un recto juicio, por más que es temo persuadidos de que lo está, aunque sea por arte de magia.

Si la *critica* es el arte ó facultad de formar juicio y recta inteligencia sobre las obras literarias, su estilo, su forma, su sentido, sus miras y hasta sus autores, dicho se está su importancia y aun su necesidad, y la dificultad de reunir los conocimientos necesarios para justificar la debida competencia del crítico.

Desde la historia hasta la fábula, todo cae bajo nuestro dominio. Si es la Historia, criticamos los hechos que encontramos extraordinarios ó creemos inverosímiles, sin tener en cuenta que al escribirlos, debió su autor consultar datos y antecedentes bastantes á fijarlos, pues no se trata de una invención, sino de una narración verdadera de acontecimientos pasados.

Así pues, para hacerla con solidez y fundamento, es preciso un estudio detenido, confrontando los hechos, hasta descubrir las fábulas y mentiras que pueda haber por la credulidad de algunos, la parcialidad y envidia de no pocos, la corrupción tal vez exagerada de los tiempos, y la limitación de la capacidad de los hombres que han escrito en un campo tan vasto como el de la Historia.

Por eso, repetimos, que la critica es necesaria, porque es la llamada á descubrir faltas ó falsedades en la Historia, consignadas por los motivos expuestos y otros muchos; pero se comprende perfectamente que esta empresa está reservada á personas de tal idoneidad y competencia, que no es fácil abundar.

En cuanto á las obras literarias, cómicas ó dramáticas, que no afectan un carácter tan serio como la Historia, por más que algunas se refieran á hechos históricos, como aquí hay siempre ficción, aunque no sea más que para dar interés al asunto, ya con el diálogo, ya con la combinación de las situaciones para conducir debidamente el enredo hasta el fin, ya con la versificación, es en donde todos somos críticos, y

donde más lucimos nuestra condición de tales, siempre persuadidos de nuestra imparcialidad, y creyendo obrar con estricta justicia. Pero á las veces, no pasa de una creencia. La sonoridad de los versos, que aunque tengan faltas, cubren otros defectos, la amistad, ó conocimiento que tenemos con el autor, la simpatía que nos inspiran los actores ó actrices, la inclinación ó desvío que sentimos hacia los autores, aun sin conocerlos, las atenciones que debemos á las empresas, las pretensiones que tenemos de que pongan en escena una obra nuestra ó de un amigo, y otras mil circunstancias que pueden influir en nuestro ánimo, y que sería enojoso enumerar, pero que todos conocemos, hacen que nuestras criticas, aun sin poderlo remediar, resulten, por lo común, hijas de la parcialidad.

Esto aparte de que tal vez sin tener el más ligero conocimiento de los treinta celebrados preceptos que para el buen éxito de las obras literarias, escribió el inmortal Horacio en su Arte Poético, nos metemos á criticarlas como si se tratase de la cosa más baladí.

No hace mucho tiempo leímos tres criticas de una obra que se estrenó en Madrid con bastante buen éxito, y parecían la critica de tres obras diferentes, según la divergencia de opiniones de los que de ella se ocuparon. ¿Cuál será la imparcial? Probablemente ninguna.

Ciertamente es difícil encontrar tres criterios iguales, pero cuando ha de formarse el juicio con sujeción á reglas y preceptos escritos, la diferencia no puede ser notable.

Pero todo es letra muerta para nosotros que hemos adquirido ya una facilidad tal para hacer la critica de una obra cómica ó dramática, que ni aun necesitamos verla. Con sólo ir al teatro al último acto, y preguntar al vecino ó vecina de al lado, qué tal han sido los otros, nos basta y nos sobra, y al día siguiente aparece nuestra critica,

guiada por la impresión de la vecina, y monoscaba tal vez una reputación justamente adquirida á costa de estudios y desvelos; ó eleva al autor á una altura en que nunca creyó verse por una obra mala y disparatada.

Así va todo.

M. H.

UNA MEZCLA SUBLIME

I

—La mujer es en la tierra la corresponsal del demonio... Mírala... ¿No la ves que sonríe?... Esa sonrisa no es inocente; no es natural... es una de las fases del indeleble signo diabólico, propiedad absoluta del bello sexo... Es la ostentación de un fragmento de gloria que Satán usurpó del divino reino, mezclándolo, ya en su poder, con bellos, aunque pecaminosos detalles de sus infernales dotes... «Es lo mismo que si mezclas un veneno con la vivificadora medicina que lo destruye... Es un poder extranatural, inconcebible... ¡observa! ni aun los santos, con todo ese don excepcional que el Creador les otorga, logran resistirle... ¡Oh, maldita una y mil veces la traicionera sonrisa de las mujeres!...»

—Pero aman... aman...

Decía yo; y él, insistiendo siempre, exaltándose de extraordinario modo, murmuraba inflexible...

—¡Bah! ¡necio!... ¿Qué sabes tú lo enigmática que es esa frase?... «Amor... amor...» ¡palabras sin verdadero significado! ¡iluso... bien se conoce que «escriben»... romántico desvarío... recopilación pernicioso de incongruentes ensueños de poeta inexperto, insensato, ciego... ¡fábulas... siempre fábulas!... ¿Por qué no copias las bellezas sublimes de las afecciones íntimas de la familia?... Apuesto á que ahora mismo, en tu interior, me compadeces y te ríes de mí con esa sonrisa burlona que aun no se formula en tus labios... Ramificaciones de gloria se te figurarán las razones absurdas que combato... ¡Idilio!... ¡siempre el idilio!... ¿Por qué no lo abandonas?... Yo lo execro con todo el vigoroso ímpetu de mi fuerza de voluntad. El amor no existe... es una sofación errónea de una imaginación impresionable, un deseo impuro, enmascarado con el pretencioso y

traicionero antifaz del figuimiento. Escribes, y escribes á ciegas, sin filosofía... fábula... ¡siempre fábula!

—Es que hay algunas cosas copiadas del natural.

Díjeme yo un tanto molino por su desagradable exordio, mientras pensaba en ti, gloria mía, mujer la más ideal de las mujeres.

Y el viejo, tenaz siempre, me respondió con aparente calma:

—Escucha; sabes taquigrafía, ¿verdad?... pues bien, vete al teatro; cuando se levanta el telón, traslada á tus cuartillas de papel las retahílas de palabras que pronuncian los artistas.

—Bien, y qué...

—¿Y qué?... ¿qué harías entonces?... esto; lo que haces copiando del natural tus apuntes literarios: reproducir una comedia!

Mi anciano protector empeoraba por momentos; la muerte parecía que con su invencible impulso trataba de abreviar su vida, destruyendo aquel átomo vivificador que germina aun en sus entrañas.

Hizo un violento esfuerzo, é irguióse otra vez, oprimiéndose convulsivamente la mano.

—Esto se acaba—murmuró formulando una triste sonrisa, recopilación exacta de todas las santas afecciones que brotaban con increíble impulso de todas las fibras de su corazón escéptico.

—Mis últimas palabras—añadió,—quiero hacer de ti un gran hombre; mi deber me lo exige: tu vocación es escribir, y voy á darte el programa sobre el que has de basarte para ello; reniega del amor; no lo creas nunca; es un pernicioso subterfugio; cuando recapacites en tus ensueños románticos acerca de ese «idilio» que consideras infalible, observa por un momento los puntos de tu pluma... verás... ¡parecerá que se ríe de tí!

Siendo escéptico, te considerarán un sabio; y siendo tal, cuando vayas por la calle, obsérvalo; te señalarán con el dedo; se descubrirán respetuosamente, y murmurarán á unánime voz...

—¿Ese?... déjale paso; es un gran hombre... ¡ese es un sabio!

Calló, cerró los ojos; mi angustia aumentaba por momentos... coji un pequeño espejo... lo aproximé á su boca, púsele la mano sobre el corazón y...

FLOR DE UN DIA

113

con que lo hacía todo, les saludó diciendo en tono triunfal:

—¡Hola señores!

Los señores las recibieron con marcada tibieza, que no impuso por cierto á Valladares, y sentándose en la banqueta desocupada, dijo echándole de menos:

—¿Y mi paisano?

—Se marchó ayer á su casa—respondió Pepe Toledo viendo que los otros Pepes se callaban como difuntos.

—¿Sin ir á despedirse, ese bribón!

—No creo que haya hecho ninguna despedida: ayer mañana se examinó y anoche tomó el tren alegremente.

—¿Ha salido bien?

—Como siempre sale.

—¡Bravo, bravísimo! me alegro, pues sino hubiera habido disciplinazos, ayuno á pan seco, destierro y qué sabe Dios qué más.

—No creo—afirmó Pepe Toledo convirtiendo la tibieza en frío y frío glacial.

—Yo sí porque los conozco. Su padre, un señor forjado en hierro, su madre no más blanda, con sus ciliclos y beaterías, son fuerosamente autoritarios. Hasta el gato se reglamenta en aquella casa y se le sujeta al imperio de la ley hecha de su propio metal.

Pepe Toledo movió el café y puso la cucharilla en el plato. Valladares prosiguió.

XI

Sol en Escorpión.

No eran cuatro, sino tres, los Pepes que acababan de sentarse á su mesa del rincón y les iban á servir el café que ya les traía el camarero. Sergio Valladares con la misma exactitud que si asistiera á una convocatoria, entró en el café, se dirigió rectamente á la mesa, tendió sus dos manos siempre enguantadas á los estudiantes y con el desembarazo y familiaridad

próximo á ese pilar han dejado la cuerda anudada de que se han valido para subir, quedando además como testimonio, geranios y verbenas destrozadas. Los señores de Alfaraños han tenido, con la bondad de venir á decirnoslo, la previsión de avisar á ustedes, cosa que siento aunque agradeciéndoselos vivamente.

—Si quiere usted se dará parte al juez.

—De ninguna manera—dijo con acento terminante Salazar.—Ni sospecho, ni acuso, ni aun formo idea de lo que se ha pretendido con introducirse en la parte externa de mi casa.

—Vea usted lo que son las cosas, yo en lugar de usted la daría y bien detallado,—afirmó D. Pedro Pablo con su franqueza un poco ruda—y vería usted cómo se levantaba la liebre que esta noche, y no para nada bueno, se ha echado ahí.

Los ojos de los dos hermanos se volvieron maquinalmente al respiradero del sótano, y maquinalmente también todos hicieron otro tanto. En Aurora la sensación producida por las palabras de su padre fue más profunda, y medio estremeida se acercó á los geranios tronzados y á las verbenas aplastadas y mustias.

—Señor D. Pedro,—repuso Salazar en tono firme y concluyente,—odio los escándalos, y no me gustan los ruidos, y dentro de mis facultades hago lo que me es dable para evitarlos. Esto queda así, y como desde